

AGENDA CIUDADANA

EL RETORNO

Lorenzo Meyer

Paradoja.- ¿Volverá el PRI a señorear sobre México? ¿En el 2006 nos despertaremos del sueño democrático para comprobar que el dinosaurio sigue justo donde se plantó desde 1929 y de donde se ausentó sólo para restañar sus heridas?

En una encuesta nacional reciente y de cara a las elecciones del 2006, el jefe de gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador (AMLO), rebasaba por 10% a Roberto Madrazo, el presidente del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en las preferencias de los electores. Sin embargo, una mayoría relativa de esos mismos electores considera que en las elecciones presidenciales por venir, el viejo partido autoritario, el PRI, recuperará la presidencia (**Reforma**, 29 de noviembre).

Dar por ganador al PRI pese a que su candidato más probable no está a la cabeza de las preferencias de los electores, se puede explicar, entre otras cosas, porque en las elecciones federales del 2003 y en el grueso de las elecciones estatales que han tenido lugar desde entonces, el PRI se ha impuesto sobre sus adversarios, incluso con candidatos poco atractivos o desprestigiados. Y es esa realidad la que los ciudadanos proyectan, independientemente de sus preferencias individuales.

Posibilidades.- La principal razón por la cual el partido más antiguo y de raíz no democrática ha recuperado terreno en la elección federal intermedia (2003) y en la mayoría de las elecciones locales posteriores, se encuentra en una combinación de abstencionismo de los electores independientes –producto de la desilusión ciudadana ante los magros resultados de la política democrática— con el hecho innegable de

que el instituto político creado por Plutarco Elías Calles hace 75 años posee la mejor maquinaria electoral, producto natural de su larga vida como partido de Estado.

Para recuperar el poder sin tener un candidato atractivo –Roberto Madrazo es lo contrario al líder carismático— el PRI necesitará, entre otras cosas, superar sus numerosos conflictos internos y actuar como una estructura sin fisuras. Sin embargo, examinando la historia de ese partido, se encuentra que siempre ha vivido afligido por divisiones, mismas que trató de superar por una de dos vías: mediante una lucha fratricida que culminó con la destrucción de una de las facción en pugna, o mediante la imposición de la unidad por la mano, a la vez férrea y negociadora, de Plutarco Elías Calles primero y del presidente en turno después.

Sin embargo, hoy el PRI no cuenta ni con uno ni con otro. En esas condiciones, y para evitar que los choques internos afecten la eficacia del partido de cara al exterior, sólo quedan dos caminos. Uno es el tradicional, el de la batalla abierta y a muerte entre los grupos y pagando el costo que ello implica. El otro es inédito: que la “mano invisible” del instinto de conservación y de poder en una organización política sin ideología pero con muchos intereses, modere el choque entre los aspirantes en aras del interés partidista común. Y mientras esperamos el desenlace, no viene mal un repaso a la tradición: a las luchas dentro del grupo que gobernó al país a lo largo de casi todo el siglo XX. Aquí el repaso histórico puede servir para arrojar luz sobre el futuro inmediato.

El PRI en su Etapa Salvaje.- Quienes terminarían por crear en 1929 al PRI original, al Partido Nacional Revolucionario (PNR), fueron los triunfadores de la lucha contra Porfirio Díaz primero, contra Victoriano Huerta después, de la pugna

entre las facciones revolucionarias y, finalmente, de la guerra contra los cristeros. Para ellos, el choque político y el choque violento eran sinónimos.

En la primera elección del nuevo régimen, la de 1917, el triunfo militar rotundo le permitió a Carranza adjudicarse la victoria con el nada modesto porcentaje del 98.08% de los 812,928 emitidos; porcentaje casi idéntico al reclamado por don Porfirio en 1910. La forma y contenido de esa primera elección sentó el patrón para muchas por venir. Al llegar en 1920 el momento de la segunda elección, el general Álvaro Obregón y el grupo sonoreense no confiaron en el veredicto de las urnas y optaron por imponerse primero por la vía de las armas para luego ratificar lo ganado en unas elecciones meramente de trámite; en el papel la victoria fue del orden del 95.79%. En 1924, de nuevo la contienda dentro de la élite se ganó primero por las armas –se aplastó militarmente a los delahuertistas— y luego Plutarco Elías Calles se impuso al general sinaloense Ángel Flores con el 84.15% de los sufragios. En 1928, y tras deshacerse por la vía violenta de sus contrincantes, los generales Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, Obregón volvió a ganar en las urnas, pero esta vez con el 100%. Justo entonces la suerte abandonó al general sin derrotas y murió asesinado en “La Bombilla”. La desaparición del gran caudillo norteno abrió una inesperada oportunidad para que Calles diera forma al partido de Estado, al PNR, en 1929.

Del PNR al PRM.- En 1929 el PNR se estrenó dentro de la tradición vigente en un doble sentido. Por un lado, al verdadero enemigo interno, al general Escobar, se le eliminó en el campo de batalla. Por el otro, al candidato presidencial del flamante partido, al casi desconocido Pascual Ortiz Rubio, se dio el triunfo con el 93.55% de los votos, contra apenas 5.33% para Vasconcelos y 1.12% para la izquierda,

representada por el general Rodríguez Triana. Cuando el verdadero líder del partido, el “ciudadano Calles”, se decidió en 1934 por el joven general Lázaro Cárdenas como el candidato presidencial oficial, el partido ya no tuvo que usar ninguna violencia para darle al michoacano el 98.19% de los votos y dejar apenas el 1.78% para otros dos miembros de la familia revolucionaria: el general Antonio J. Villareal y el coronel Adalberto Tejeda; el comunista Hernán Laborde, un externo, sólo mereció recibir oficialmente el 0.02% de los sufragios.

La élite política se volvió a dividir seriamente en la elección de 1940, cuando el PNR ya se había transformado de partido de cuadros en partido de masas y se había ido hacia la izquierda como Partido de la Revolución Mexicana. Desde dentro del círculo del poder y desde la derecha, el general Juan Andrew Almazán retó al candidato oficial, Manuel Ávila Camacho, pero las cifras finales dieron por resultado una victoria de éste último con el 93.9% contra apenas un 5.73% de Almazán y un ridículo 0.37% para el general Rafael Sánchez Tapia. Los almazanistas estuvieron al borde de la rebelión, pero al final su líder aceptó la derrota...y fue ricamente recompensado por tal decisión.

1ª Etapa.- Con el fin del cardenismo, el partido del Estado volvió a cambiar de nombre para señalar que tomaba distancia de su pasado inmediato de izquierda y adoptó el que mantiene hasta hoy: PRI. En 1946 surgió de nuevo la división interna, y un callista y ex secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla, se enfrentó sin ánimo al candidato oficial, Miguel Alemán. Este último ganó pero ya no consideró prudente reclamar el tipo de triunfo apabullante del pasado, y se conformó con aceptar apenas el 77.91% de los votos; graciosamente otorgó el 19.33% a Padilla. Sin embargo, los ánimos se volvieron a encender en 1952, cuando

el inquieto general Miguel Henríquez Guzmán, precandidato desde el sexenio anterior, decidió inconformarse con la designación de Alemán a favor de Adolfo Ruiz Cortines y organizó un partido con base masiva: la Federación de Partidos del Pueblo. A punto estuvieron los henriquistas de recurrir a las armas cuando el conteo oficial dio la victoria a Ruiz Cortines con un 74.32%, pero al final el general aceptó seguir el camino andado por Almazán y muy pronto el desafío henriquista quedó en la nada.

La Etapa Clásica.- En las siguientes cinco elecciones, las de 1958, 1964, 1970, 1976 y 1980, el gran partido de Estado casi alcanzó la perfección. Por un lado, dentro de la gran familia priísta ya nadie se animó a actuar abiertamente contra la selección hecha por el presidente en turno, y los pretendientes marginados como Manuel Moreno Sánchez o Javier García Paniagua, por citar sólo dos ejemplos conocidos, si bien expresaron su inconformidad, ya no quisieron o pudieron emprender el camino de Almazán, Padilla o Henríquez. Cuando José López Portillo ganó “a la Obregón”, es decir con el 100% de los sufragios válidos, la situación no fue ya vista como el retorno a la “Edad de Oro” sino como una señal de alarma. Con ese tipo de política, no se dejaba más alternativa a la oposición externa que el choque violento. Una reforma política hecha desde la seguridad del poder y la gran e inesperada crisis del modelo económico de 1982 –su destrucción por la vía catastrófica--, se conjugaron para aconsejar una victoria “realista” al candidato del PRI: Miguel de la Madrid ganó con el 70.99% de los votos. Sin embargo, fue justamente entonces que se gestaron las condiciones que habrían de llevar a la derrota del PRI en el 2000.

La Salida de “Los Pinos”.- En 1988, y como reacción a la pretensión del ala tecnocrática del PRI de hacerse con todo el control del partido, volvió a surgir la

división interna. Con Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo a la cabeza, el ala izquierda del partido de Estado lo abandonó y organizó una oposición que, a diferencia de la que se había dado antes, logró cuajar en un partido que ya no se disolvió cuando oficialmente perdió las elecciones. Y la razón de la permanencia de una oposición organizada de los ex priístas fue que entre ellos y el PAN lograron que, no obstante el fraude, el gobierno le reconociera al conjunto de la oposición ¡el 49.01% de los votos! Realmente, México había entrado en una nueva etapa electoral y política. Se iniciaba la liberalización del régimen autoritario. Sin embargo, esta etapa tomó un camino que, en cierto sentido, significó un retorno momentáneo al pasado. En efecto, en 1994 el candidato presidencial del PRI fue asesinado en plena campaña, y todo apunta a sospechar que ese crimen fue resultado de una dura lucha dentro de las filas del propio PRI. El candidato de emergencia, Ernesto Zedillo triunfó con una cifra muy similar a la de su antecesor, con el 50.13%. En el 2000 el proceso en marcha se aceleró; tras una disputa abierta pero pacífica e institucional, Francisco Labastida le ganó a Roberto Madrazo la candidatura del PRI, pero al final y por primera vez en la historia, el partido de Calles se vio obligado a reconocer su derrota a nivel presidencial al adjudicársele a su candidato apenas el 36.1% de los votos emitidos y a su oponente, Vicente Fox, el 42.5%.

El 2006.- El 2 de julio del 2000 concluyó una etapa en la vida política de México, pero el PRI logró sobrevivir a su derrota, y lo impensable hace cuatro años es hoy una posibilidad muy real: su reconquista del Poder Ejecutivo en el 2006. Es verdad que el PRD puede llegar a tener en AMLO un candidato más atractivo que el PRI, pero incluso si fracasa el intento del gobierno actual de dejar al Jefe de

Gobierno de la capital fuera de la contienda, es un hecho que ni el PRD ni el PAN cuentan con una maquinaria electoral capaz de competir con la del PRI.

El regreso de un priísta a la casa presidencial no puede ser una buena noticia para la democracia, pues ese partido lleva un sello de origen ajeno a esa forma de gobierno. Es en su tradición de divisiones internas donde puede estar el Talón de Aquiles del PRI. Sin embargo, la verdadera solución al peligro del 2006 está en manos del electorado, de su posible decisión para dar con la fórmula que evite que el futuro sea una mera variante del pasado.